

## LIBRO SEGUNDO.

---

A estas palabras de Cota, respondió Veleyo: «No ha sido poca imprudencia la mía en ponerme á disputar con un académico, que además es retórico. Yo no hubiera temido á un académico que no fuera disertado, ni á un retórico sin filosofía, por elocuente que fuese. Ni me asusta la corriente de las palabras vanas, ni la sutileza de las sentencias, cuando el razonamiento es seco. Tú, amigo Cota, te has aventajado en lo uno y en lo otro. Sólo te faltaban el auditorio y los jueces. Pero ya te responderé en otra ocasión. Ahora oigamos á Lucilio, si él quiere decirnos algo.»

Entonces dijo Balbo: «De mejor gusto oiría yo á Cota defender á los Dioses verdaderos, con la misma elocuencia con que ha combatido á los falsos. Porque un filósofo, un Pontífice, un hombre como Cota, es necesario que tenga una opinión acerca de los Dioses inmortales, no errante y vaga como la de los académicos, sino estable y segura como la nuestra. Contra Epicuro, ya hemos dicho bastante, y aun de sobra. Deseo oír lo que piensas tú mismo, oh Cota.

—¿Y has olvidado tan fácilmente lo que al principio dije, es á saber, que en tales cosas mejor puedo decir lo que no pienso que lo que pienso? Y aunque tuviera

alguna opinión fija, de mejor gusto quisiera oírte á tí, puesto que yo he hablado por tan largo espacio.» A esto respondió Balbo: «Te daré gusto, con la mayor brevedad que yo pueda, porque destruídos ya los errores de Epicuro, puedo suprimir una larga parte de mi disertación. Toda esta cuestión de los Dioses inmortales la dividen los nuestros en cuatro partes. En la primera, enseñan que hay Dioses; en la segunda, cómo son; en la tercera, que administran el mundo; en la cuarta, que tienen cuidado de las cosas humanas. Yo, en este razonamiento, sólo trataré de las dos primeras; las otras dos, por ser mucho más importantes, quedan diferidas para tiempo más oportuno.— Nada de eso, dijo Cota, porque estamos ociosos y tratamos de cosas tales que se deben anteponer á los negocios mismos.»

Entonces comenzó Lucilio: «La primera parte apenas necesita defensa. ¿Qué cosa puede haber tan clara y evidente, cuando levantamos los ojos al cielo y contemplamos las esferas celestiales, como el creer que existe un numen y una razón excelente que lo rige y gobierna todo? Y si así no fuera, ¿cómo hubiera podido decir Ennio, con asenso de todos: «Mira ese cielo ardiente, á quien todos invocan con el nombre de Jove.» Este es Jove, el dominador de las cosas, el que lo rige todo con el mover de sus ojos, y á quien el mismo Ennio llama padre de los Dioses y de los hombres, y Dios presente y prepotente. Quien lo dude, será capaz de dudar que existe el sol. ¿Qué cosa hay más evidente que ésta?

»Y si esto no fuera conocido y comprendido por todos los hombres, no hubiera llegado á ser tan estable y firme esta opinión, ni se habría fortificado con tan larga duración de tiempo, ni hubiera podido inveterarse, juntamente con los siglos y con las edades de

los hombres. Vemos que las demás opiniones fingidas y vanas, con el tiempo se han ido enflaqueciendo y borrando. ¿Quién cree en la existencia del Hippocentauro ó de la Quimera? ¿qué vieja puede hallarse, tan fuera de sentido, que tema los portentos que en otro tiempo se contaban de los infiernos? Las opiniones fingidas el tiempo las borra, pero confirma los juicios de la naturaleza. Y así en nuestro pueblo, como en los demás, el culto de los Dioses y la santidad de la religión florece cada día mayor y mejor. Y esto sucede, no por fanatismo y contra razón, sino porque los Dioses mismos declaran muchas veces su presencia, como aconteció en la guerra de los Latinos, junto al lago Regilo, cuando el dictador Aulo Postumio combatió con Octavio Mamilio Tusculano, y vimos pelear en nuestras haces á Cástor y Pólux, en dos caballos blancos. Y todavía en tiempos más recientes, los mismos Tindáridas anunciaron la derrota de Perseo. A Publio Vatiemo, abuelo de este joven que conocéis, volviendo á Roma desde su prefectura Reatina, se le aparecieron dos hombres á caballo, anunciándole que el rey Perseo estaba cautivo. Lo declaró al Senado, y al principio, pareciendo que hablaba con imprudencia en los negocios de la República, fué encerrado en la cárcel; pero después, confirmada su declaración por cartas de Paulo Emilio, fué premiado por la República con un campo y con exención de todo servicio militar. También hemos leído que, cuando los Locrios vencieron á los Crotoniatas, junto al río Sagra, súpose aquel mismo día la batalla en los juegos olímpicos. Las voces de los Faunos, muchas veces oídas, las formas de los Dioses, vistas muchas veces, obligaron á todo el que no fuese impío ó estúpido á confesar su presencia.

• Y las predicciones y profecías de cosas futuras ¿qué

otra cosa declaran sino que se muestran, anuncian y predicen á los hombres por una inteligencia superior las cosas que han de acaecer? Por eso se llaman maravillas, portentos, prodigios. Y si creemos que los poetas fingieron lo que nos refieren de Mopso, Tiresias, Anfiarao, Calcante y Heleno, á los cuales augures, sin embargo, ni aun las mismas fábulas los hubiesen admitido, si la realidad de las cosas de todo punto los rechazase, ¿no tenemos domésticos ejemplos que nos enseñan el numen y poder de los Dioses? ¿Nada nos probará aquella temeridad de Publio Claudio en la primera guerra púnica, cuando, burlándose sacrílegamente de los Dioses, porque los pollos sagrados, libres de su encierro, no querían comer, mandó echarlos al agua, para que, si no comían, á lo menos bebiesen? La cual risa, después de vencida nuestra armada, le costó á él muchas lágrimas, y trajo gran calamidad sobre el pueblo romano. Y qué, ¿su colega Junio, en la misma guerra, no perdió su armada en una tempestad, por no haber obedecido los auspicios? Así Publio Claudio fué condenado por el pueblo, y Junio se dió la muerte él mismo. Dícese que, por haber abandonado la religión, Cayo Flaminio Celio pereció á orillas del Trasimero, con gran desastre para la República. Estos horribles casos nos muestran que sólo se engrandeció la República bajo el imperio de aquellos que obedecieron á la religión. Y si comparar queremos nuestras cosas con las extrañas, en las demás nos encontraremos iguales, ó quizá inferiores, pero en la religión, esto es, en el culto de los Dioses, muy superiores.

»¿Te parece despreciable aquel báculo augural con que Athio Navio determinó los linderos de la viña, para encontrar al cerdo? Y lo cierto es que con sus augurios llevó á cabo el rey Hostilio extraordinarias

empresas. Pero olvidada la disciplina augural por negligencia de la nobleza, fué despreciada la verdad de los augurios, y sólo quedó la apariencia. Y así los mayores negocios de la República, y entre ellos las guerras en que su salvación estriba, se administran sin ningún género de auspicios; no se los consulta antes de pasar los ríos, ni al frente de los ejércitos; no se invocan los nombres de buen agüero, y han caído en desuso los testamentos *in procinctu*.

Pero entre los mayores fué tanto el poder de la religión, que algunos Generales, por la salvación de la república, se sacrificaron á los Dioses inmortales, con la cabeza velada, y pronunciando palabras de juramento. Muchas cosas podríamos citar de los vaticinios de las Sybilas, muchas de las respuestas de los Arúspices, que bastarían para confirmar lo que á nadie debe parecer dudoso. Probó el suceso, en el consulado de Publio Scipión y Cayo Fígulo, la disciplina de nuestros Augures y de los Etruscos y de los Arúspices. Cuando Tiberio Graco, que era Cónsul por segunda vez, procedía á su elección, el que recogía los sufragios cayó de repente muerto. Graco, á pesar de todo, llevó adelante los comicios; pero entendiendo que el pueblo tomaba á mal aquel desprecio de la religión, llevó la cuestión al Senado. El Senado consultó á los Arúspices, y ellos respondieron que no había sido legítima la *rogación* en los comicios. Entonces Graco (según me refería mi padre) exclamó inflamado en ira: «¿Qué es eso? ¿no he obrado con justicia yo que he hecho la *rogación* como Cónsul y como Augur, y he tomado felices auspicios? ¿Por ventura sois vosotros, Etruscos y Bárbaros, los que tenéis el derecho en los auspicios del pueblo romano y podéis ser intérpretes de los comicios?» Y los hizo salir. Después envió desde su provincia cartas al co-

legio, para declarar que leyendo los libros sagrados, había recordado que, al volver á pasar el *Pomoerium*, después de celebrarse el Senado, se había olvidado de tomar segunda vez los auspicios, y que por eso los Cónsules habían sido creados contra ley. Los Augures llevaron el asunto al Senado. El Senado pidió que abdicasen los Cónsules, y los Cónsules abdicaron. ¿A qué buscar otro ejemplo mayor? Este varón sapientísimo, y no sé yo si el más ilustre de todos los nuestros, quiso más decir su pecado, que tan fácilmente podía tener oculto, que consentir que la religión cayese en menoscabo en la república; y los dos Cónsules estimaron mejor deponer al instante el mando supremo, que tenerle ni un momento contra lo preceptuado por la religión. Grande es la autoridad de los Augures.

»Y el arte de los Arúspices ¿no es también divina? Quien vea innumerables casos de este genero, ¿podrá menos de reconocer que existen Dioses? Puesto que son intérpretes de los Dioses, necesario es que éstos existan. Se dirá que no suceden todas las cosas que ellos predicen. Tampoco convalecen todos los enfermos, y sin embargo no es arte vana la medicina. Los Dioses nos muestran señales de las cosas futuras. Si algún error hay en esto, no procede de la naturaleza de los Dioses, sino del juicio de los hombres. Y así, consta entre todas gentes y naciones, y está como esculpido y grabado en los ánimos, que existen Dioses. Nadie niega que existen, pero sobre cuáles sean hay muy encontradas opiniones. Dijo nuestro Cleantes que de cuatro causas había nacido en los ánimos humanos la noción de los Dioses. Puso por primera la predicción de las cosas futuras; por segunda, la multitud de bienes que recibimos del buen temple del cielo, de la fecundidad de la tierra, y de otras comodida-

des; por tercera, el terror que infunden los rayos, tempestades, nieves, granizos, devastaciones, pestilencias, terremotos, bramidos de la tierra, lluvias de piedras y gotas sangrientas como de lluvia, el repentino abrirse de la tierra, y los portentos contra naturaleza en hombres y bestias, las antorchas que se ven en el cielo, las estrellas que los Griegos llaman *cometas* y nosotros *cincinnatas*, las cuales poco ha, en la guerra Octaviana, fueron anuncio de gran calamidad; los dos soles que, según oí á mi padre, se vieron en el Consulado de Tuditano y Aquilio, en el mismo año en que se extinguió aquel otro sol de Publio el Africano. Con tales portentos sospecharon los hombres que había una fuerza celestial y divina. Fué la cuarta causa y quizá la mayor, el equilibrio del movimiento, la conversión del cielo, la distinción, utilidad, hermosura y orden del sol, la luna y todas las estrellas, cuyo aspecto por sí sólo indica bastante que no son obra de la casualidad. A la manera que el que entra en una casa ó en el foro, al ver la razón, el modo y el orden de todas las cosas, no puede juzgar que todo aquello se hizo sin causa, sino que ha de entender que hay alguien que lo dispone todo, y á quien todo obedece; mucho más en tantas revoluciones y vicisitudes, en el orden de tantas y tales cosas, en las cuales nunca mintió la inmensa é infinita antigüedad, necesario es que juzgue que por alguna razón son gobernados tales movimientos en la naturaleza.

»También Crysippo, aunque de agudísimo ingenio, dice cosas que parece haberlas aprendido de la naturaleza y no haberlas inventado por sí mismo. Porque dice lo siguiente: Si hay algo en la naturaleza de las cosas á que no pueda alcanzar la voluntad del hombre, ni su entendimiento, ni su razón, ni su poder, es ciertamente aquel numen que lo creó

todo, superior al hombre. Es así que las cosas celestes no han podido ser creadas por el hombre: luego aquel poder que las ha creado es superior al hombre. ¿Y por qué hemos de opinar que este poder es otro que Dios? Si no hay Dioses, ¿qué cosa puede haber en la naturaleza humana mejor que el hombre? En él sólo existe la razón, más excelente que todas las cosas. Pero imaginarse el hombre que nada en todo el mundo existe mejor que él, sería loca y temeraria arrogancia. Por consiguiente, hay algo mejor, y es cierto que existe un Dios.

»Y así como, viendo una casa grande y hermosa, no puedes pensar, aunque no veas al dueño, que la han edificado los ratones y las comadreja: si ves este ornato del mundo, esta variedad y hermosura de las cosas celestiales, esta poderosa magnitud del mar y de la tierra, y la crees domicilio tuyo y no de los Dioses inmortales, ¿no parecerá que estás rematadamente loco?

»¿Y no entendemos, además, que todo lo superior es lo más excelente, y que la tierra es inferior, por estar rodeada de un aire crasísimo, y que por esta misma causa acontece lo que en ciertas regiones y ciudades, donde son más torpes los ingenios de los hombres por la naturaleza más pesada del cielo? De igual modo le sucede al género humano, por estar colocado en la tierra; esto es, en la más espesa región del mundo.

»Y no obstante, por la misma prudencia de los hombres podemos conjeturar que mora en ellos cierta razón, y ésta excelsa y divina. ¿De dónde la ha recibido el hombre? preguntaremos con Sócrates y Xenofonte. Si alguno pregunta de dónde hemos recibido el humor y el calor que está difundido por todo el cuerpo, y la misma terrena solidez de las vísceras, y, finalmente, el aliento respirable, fácil es ver que el



uno le recibimos de la tierra, el otro del agua, el tercero del fuego, el cuarto del aire que respiramos.

»Pero la razón que excede á todo, y si lo queréis en más palabras, la mente, el consejo, el razonamiento, la prudencia, ¿dónde las encontramos? ¿de dónde las hemos recibido? ¿tendrá el mundo todas las cosas, y no tendrá ésta que vale más que todas? Nada hay, ciertamente, en la naturaleza de las cosas mejor que el mundo, nada más estable, nada más bello; y no sólo no existe, sino que ni aun puede pensarse nada mejor. Y si nada es mejor que la razón y la sabiduría, necesario es que residan en el sér que tenemos por óptimo. Pero aquella armonía tan continuada y acorde de las cosas, conspirando todas á un mismo fin, ¿á quién no persuadirá de la verdad de lo que sostengo? ¿Podría la tierra florecer en una estación y estar helada y hórrida en otra, ó conocerse el ascenso y descenso del sol por los solsticios y por las brumas, ó coincidir las mareas con el orto y ocaso de la luna, ó concurrir al movimiento general del cielo el curso de los astros, tan desemejante? No procederían tan armoniosamente si un divino y continuado espíritu no las rigiese.

»Cuando estas cosas se disputan larga y copiosamente, como yo pienso hacerlo, más fácilmente se libran de la censura de los académicos. Pero cuando se arguye breve y estrechamente, como Zenón acostumbra, se prestan más á la reprehensión. Así como el río corriente nunca ó rara vez se corrompe, y el agua encerrada sí, en el torrente de la oración se diluyen las acusaciones del contrario, mientras que el razonamiento estrecho y cerrado no se defiende fácilmente del mismo modo. Estas razones que yo dilato, Zenón las compendiaba así: «Lo que tiene razón es mejor que lo que carece de ella. Nada es mejor que

»el mundo: luego el mundo es racional. De la misma  
 »manera puede probarse que el mundo es sabio, feliz  
 »y eterno, porque todas estas cosas son mejores que  
 »el carecer de ellas, y no hay nada mejor que el mun-  
 »do, de donde se sigue que el mundo es Dios.» Y en  
 otra parte decía: «No puede haber partes sensibles en  
 »un sér que carece de sentido. Es así que las partes  
 »del mundo son sensibles: luego el mundo no carece  
 »de sentido.» Y en otra parte estrecha más el argu-  
 »mento, y dice: «Ningún sér que carece de alma y de  
 »razón puede engendrar de sí un animal racional. Es  
 »así que el mundo engendra animales: luego el  
 »mundo es animado y partícipe de razón.»

Y corroborando lo mismo con un ejemplo, como  
 solía, concluye su razón de este modo: «Si vieras na-  
 »cer de una oliva flautas que tañían melodiosamen-  
 »te, ¿dudarías que hubiese en la oliva alguna ciencia  
 »de tañedor? Si vieras que los plátanos echaban hojas  
 »que sonaban numerosamente y como liras, ¿no pen-  
 »sarías que en los plátanos había música? ¿Por qué,  
 »pues, no hemos de juzgar al mundo animado y  
 »sabio, ya que procrea de sí los animales y los sa-  
 »bios?»

»Pero ya que he empezado á separarme del plan que  
 tracé al principio, afirmando que la primera proposi-  
 ción, es á saber, la existencia de los Dioses, no nece-  
 sitaba prueba, por ser tan clara y evidente, quiero,  
 no obstante, confirmarla con razones físicas. Todo lo  
 que se alimenta y crece, contiene en sí la fuerza del  
 calor, sin la cual no pueden las cosas alimentarse  
 ni crecer. Todo lo que es cálido é ígneo se agita y  
 mueve con el movimiento del calor. Todo lo que se  
 alimenta y crece tiene cierto movimiento estable é  
 igual, y mientras permanece en nosotros, permanece  
 también el sentido y la vida; pero así que se refrigera

**y extingue, nosotros mismos perecemos y nos extinguimos.**

»Con los mismos argumentos prueba Cleantes cuánta es la fuerza del calor en todo cuerpo. Dice, que no hay alimento alguno tan pesado, que no se cueza día y noche, persistiendo el calor en las mismas reliquias que la naturaleza ha rechazado. Las venas y las arterias no cesan de palpitar con cierto movimiento igneo, y se ha advertido muchas veces, cuando se ha arrancado el corazón de algún animal, que se estremecía aún, como imitando la viva rapidez del fuego. Todo lo que vive, pues, sea animal, sea producido de la tierra, vive por el calor encerrado en él. De donde puede inferirse que el calor es una fuerza vital derramada por todo el mundo.

»Y mejor comprenderemos esto, si explicamos con alguna sutileza la teoría del fuego, que lo anima todo. Vemos que del choque y del frotamiento de las piedras brota el fuego, y que en las excavaciones humea la tierra caliente, y que de los mismos pozos se saca agua hirviendo, principalmente en los meses invernales, porque una gran cantidad de calor se contiene en las cavernas de la tierra, y siendo menos densa que el hielo, encierra más apretadamente el calor natural en la tierra.

»Muchas razones hay para mostrar que todas las semillas que la tierra concibe y las raíces que ha engendrado y contiene en sí, nacen y se aumentan con el calor. Y que el calor está mezclado con el agua, lo declara ya su misma liquidez, ya la efusión del agua, que ni se congela con los fríos ni se endurece con la nieve y el granizo, sino que se difunde liquidada por el calor que se le mezcla. Y también el mar agitado por los vientos, de tal manera hierve, que es fácil entender que en tantas aguas está incluido el calor. Ni

se ha de tener por externa y adventicia esta ebullición, sino por agitación excitada de las partes más íntimas del mar, como acontece también en nuestros cuerpos, cuando se calientan con el movimiento y el ejercicio. El mismo aire, que por su naturaleza es frío, de ninguna manera carece de calor, antes tiene mucho del que nace de la exhalación de las aguas, cuyo vapor debe ser tenido por una especie de aire. Nace este vapor del movimiento del calor contenido en el agua, al modo que lo vemos en aquellas aguas que hierven con el fuego puesto debajo. En cuanto á la última parte del mundo que resta, ella por su misma naturaleza es férvida del todo, y suministra á las demás cosas naturales el saludable y vital calor. De donde se infiere que, estando todas las partes del mundo sostenidas por el calor, debe ser una naturaleza igual ó semejante la que conserva el mundo por tan larga duración. Y tanto más, cuanto que debe entenderse que el calor y el fuego están difundidos de tal modo por la naturaleza, que en él reside fuerza de procrear y causa de engendrar, por donde es necesario que todos los animales y todas las raíces que la tierra contiene nazcan y se desarrollen con el calor.

»La naturaleza, es la que hace subsistir el mundo todo y le conserva, y esto no sin sentido y razón. Es necesario que toda naturaleza que no sea ni solitaria ni simple, sino junta y mezclada con otra, tenga en sí alguna raíz primera, como en el hombre el entendimiento, y en la bestia algo semejante á entendimiento, de donde nace el apetito de las cosas. Los árboles y las demás cosas que se engendran de la tierra créese que tienen en las raíces su principio de existir. Llamo principado á lo que llaman los Griegos *ἡγεμονικόν*, es decir, lo más excelente que en cualquier

género puede y debe existir. Y así es necesario que el sér en quien reside el principado de toda la naturaleza, sea el más excelente de todos, y el más digno del poder y la dominación de todas las cosas.

»Vemos también que en las partes del mundo, porque no hay en todo el mundo nada que no sea parte del universo, hay sentido y razón. En aquella parte, pues, en que reside el principado del mundo, es necesario que residan también un sentido y una razón mucho más profundos y excelentes. Por lo cual es forzoso que el mundo sea sabio, y que la naturaleza que abraza todas las cosas sobresalga por lo perfecto de la razón, y que Dios sea el mundo, y que toda la razón del mundo esté contenida en la naturaleza divina.

»Y aquel calor del mundo tiene que ser más puro, resplandeciente y movable, y por esta causa más apto para conmover los sentidos que este calor nuestro, con el cual se mantienen y vigorizan las cosas que conocemos. Absurdo es decir, pues, cuando los hombres y las bestias se mantienen con este calor, y por él se mueven y sienten, que el mundo no tiene sentido. El mundo disfruta de un ardor íntegro, puro, libre y muy vigoroso y muy movable. Y este ardor, que es el del mundo, no es producido ni agitado por ningún impulso externo, sino que se mueve por su propia y espontánea voluntad. Pues ¿qué cosa puede haber que impela y mueva al calor que le sostiene?

»Oigamos á Platón, que es como un Dios entre los filósofos. Él nos enseñará que hay dos movimientos, uno interno y otro externo, y que es más noble lo que se mueve espontáneamente que lo que se mueve por impulso ajeno. El primer movimiento le pone en el alma sola, y la considera como principio de todo otro movimiento. Y como todo movimiento nace del

calor del mundo, y este calor no se mueve por ajeno impulso sino por su propia naturaleza, necesario es que este ardor sea un alma, y que el mundo sea animado.

»Todavía por otro argumento podemos probar que hay en él inteligencia, ya que ciertamente el mundo es mejor que cualquiera otra naturaleza. Así como no hay ninguna parte de nuestro cuerpo que sea mayor que nosotros mismos, también es forzoso que el mundo sea mayor que alguna parte del universo. Y si es así, necesario es que el mundo sea sabio, porque si no lo fuera, el hombre, que es una parte del mundo, valdría más que el mundo todo, sólo por ser partícipe de razón.

»Y si desde las primeras y más rudimentarias naturalezas queremos subir á las últimas y más perfectas, forzoso es que lleguemos á la naturaleza de los Dioses. Primero advertimos que la naturaleza sustenta las raíces que nacen de la tierra, no dándoles otra cosa que lo que necesitan para alimentarse y crecer. A las bestias les dió el sentido y el movimiento, y además cierto apetito para acercarse á las cosas saludables y huir de las pestíferas. Y al hombre le dió además la razón, para regir los apetitos del alma, ya conteniéndolos, ya tolerándolos.

»El cuarto y altísimo grado es el de aquellos que por naturaleza son buenos y sabios, en los cuales desde el principio resplandece una razón recta y constante, que se ha de juzgar superior á la naturaleza humana, y atribuirse á Dios, esto es, al mundo, en el cual es necesario que domine una razón perfecta y absoluta. Ni puede decirse que en ningún género de cosas deja de haber algo extremo y perfecto; pues así como en la vida, y en los animales, si alguna fuerza mayor no lo estorba, vemos á la naturaleza llegar por su propio

camino á la última perfección; y así como la pintura y la arquitectura, y todas las demás artes tienen algún dechado de obra perfecta, así también en la naturaleza es aún más necesario que todo llegue á la perfección. A las demás naturalezas pueden estorbarlas muchas circunstancias exteriores para obtener su última perfección, pero á la naturaleza universal ninguna cosa puede detenerla, porque ella contiene y domina á las naturalezas particulares. Por donde viene á ser necesario que exista ese cuarto y altísimo grado, al cual ninguna fuerza extraña puede alcanzar.

»En este grado ponemos la naturaleza de todas las cosas, la cual, como es tal que domina á todas y ninguna otra puede dominarla, necesario es que sea inteligente, y asimismo sabia. ¿Qué cosa habría más fuera de razón que no llamar excelente á la naturaleza que comprende todas las cosas? Y si es excelente ¿cómo no hemos de llamarla primero animada, después partícipe de razón y consejo, y finalmente sabia? ¿Pues de qué otro modo puede ser excelente? Si fuera semejante á las plantas ó á las bestias, no habría razón para tenerla por superior sino por muy inferior á la nuestra: y si fuera racional y no sabia desde el principio, sería mejor la condición humana que la del mundo, porque el hombre puede hacerse sabio; pero el mundo, si por toda la eternidad ha sido ignorante, nunca podrá conseguir la sabiduría, y vendrá á ser inferior al hombre. Y si esto es absurdo, el hombre debe ser considerado como sabio desde el principio, y como Dios. Y no hay ninguna otra cosa fuera del mundo á la cual no falte nada, y que sea perfecto y absoluto en todos sus números y partes.

»Bien dijo Crysippo: así como por causa del escudo ha sido fabricada su envoltura, y por causa de la espada la vaina, así, fuera del mundo, todas las cosas

han sido engendradas por causa de otras, v. gr.: los frutos que la tierra engendra, por causa de los animales; los animales, por causa de los hombres; y así, v. gr., el caballo para montarle, el buey para arar, el perro para cazar y custodiar. Y el hombre mismo nació para contemplar el mundo y para imitarle, y de ningún modo nació perfecto. Pero el mundo, como lo abraza todo, y nada hay que no esté en él, es enteramente perfecto. ¿Qué cosa puede faltarle, si es óptimo? Nada es mejor que el entendimiento y la razón: luego tampoco al mundo pueden faltarle estas cosas. Con razón, pues, el mismo Crysippo, añadiendo ejemplos, nos enseña que todas las cosas son mejores en lo más perfecto y maduro; v. gr.: en el caballo mejor que en el caballejo; en el perro mejor que en el cachorro; en el hombre mejor que en el niño. Lo que es excelente en todo el mundo, debe serlo más en lo perfecto y absoluto. Ahora bien: nada hay más perfecto que el mundo; nada mejor que la virtud: luego la virtud es propia del mundo. No es perfecta la naturaleza del hombre, y sin embargo en el hombre se desarrolla la virtud. ¡Cuánto más debe de desarrollarse en el mundo! En él existe la virtud; es sabio por lo tanto, y de consiguiente Dios.

Y conocida esta divinidad del mundo, es forzoso concedérsela también á las estrellas, que se engendran de la más noble y pura parte del éter, no están mezcladas con ninguna naturaleza, y son del todo ardientes y lúcidas, por donde hemos de creer que son excelentes y animadas y que sienten y entienden; y que son enteramente ígneas, lo prueba Cleantes con el testimonio de dos sentidos, el tacto y los ojos. Porque el resplandor del sol es más intenso que ningún otro fuego, como que luce por tan largo espacio en el inmenso mundo, y su contacto es tal, que no sólo ca-



lienta el suelo, sino que muchas veces le abrasa, y no haría ninguna de las dos cosas si no fuese ígneo. Siendo, pues, ígneo el sol, y alimentándose con los humores del Océano, ya que ningún fuego puede carecer de materia, necesario es, ó que sea semejante al fuego que empleamos para utilidad y alimento, ó como el que se contiene en los cuerpos de los animales.

»Este fuego que empleamos en el uso de la vida es el que lo consume todo, y donde quiera que penetra todo lo inflama y disipa. Pero aquel fuego corporal, vital y saludable, todo lo conserva, acrecienta, sostiene y á todo da sentido. No es dudoso para Cleantes á cuál de estas dos especies de fuego es semejante el sol, cuando vemos que éste hace que todo florezca, y que cada cosa en su género llegue á granazón. Y siendo el fuego del sol semejante al fuego que existe en el cuerpo de los animales, necesario es que el sol sea un animal, y también los demás astros que nacen del ardor celeste que se llama éter ó cielo. Y como se engendran animales en la tierra, en el aire, en el agua, á Aristóteles le parece absurdo creer que no se engendre animal alguno en aquella parte que es la más apta para engendrar. Las estrellas ocupan el éter, y como el éter es tenuísimo y siempre está agitado y prolífico, forzoso es que en él se engendren animales y que sean de sentido agudísimo y de movilidad extraordinaria. Y engendrándose astros en el éter, necesario es que haya en ellos sentido é inteligencia. De donde se infiere que los astros deben ser colocados en el número de los Dioses.

»Puede observarse que son más agudos y aptos para entender, los ingenios que florecen en tierras donde el aire es puro y tenue, que los que se desarrollan bajo un cielo craso y espeso. Y creese también que

Los alimentos que se usan tienen grande importancia en el desarrollo del entendimiento. Probable es, pues, que haya una soberana inteligencia en las estrellas que habitan la parte etérea del mundo, y se alimentan de marinos y terrenos humores extenuados por largo intervalo. El sentido é inteligencia de los astros, bien lo declara su orden y constancia. Nada hay que pueda moverse por razón y número, sin entendimiento, porque fuera de él todo es temerario y fortuito. El orden de las estrellas y su movimiento constante por toda la eternidad, ni puede atribuirse á la naturaleza (porque es manifiesto indicio de razón), ni á la fortuna, que, amiga de la variedad, rechaza la constancia. Resta sólo que ella misma espontáneamente, por su sentido y debilidad, se mueva. Y no es poco digno de alabanza Aristóteles, por haber creído que todas las cosas se mueven ó por naturaleza, ó por fuerza, ó por voluntad, y que se mueven el sol, la luna y todas las estrellas. Dijo también que las cosas que se movían, naturalmente tendían ó por su peso hacia abajo, ó por su ligereza arriba. Ninguna de estas dos cosas puede aplicarse á los astros, porque su movimiento es enorme y en círculo. Ni puede decirse que una fuerza mayor hace mover los astros contra su naturaleza, pues ¿qué fuerza puede ser mayor? Resta sólo que el movimiento de los astros sea voluntario. Y quien lo vea, y niegue la existencia de los Dioses, no sólo se mostrará indocto, sino impío. Importa poco que los niegue en absoluto ó que los prive de toda acción y procuración. Para mí el que nada hace es como si no existiera. Es tan evidente que existen Dioses, que á quien lo niegue apenas debemos tenerle por persona de sano juicio.

»Resta que consideremos cuál es la naturaleza de los Dioses, en lo cual nada es más difícil que apartar

el entendimiento de la costumbre de los ojos. Esta dificultad ha inducido al vulgo ignorante y á los filósofos semejantes al vulgo, á no poder concebir á los Dioses sino en figura humana. La vanidad de esta opinión, ya refutada por Cota, no requiere de mi parte largo discurso. Pero como la noción innata en nuestro ánimo nos hace presentir de Dios: primero, que es animado; segundo, que nada hay más excelente que él en toda la naturaleza; nada encuentro más acomodado á este presentimiento y noción nuestra que juzgar animado y Dios á este primer mundo, más excelente que cuanto puede imaginarse.

»Búrlese cuanto quiera Epicuro, hombre bien poco gracioso para burlas, y que nada tiene de la ironía ática de su patria; y diga que no puede entender lo que es un Dios voluble y redondo. Á mí me convence todavía menos lo que él afirma. Acepta la existencia de los Dioses, porque le parece necesario que haya una naturaleza excelente, mejor que otra ninguna. Y ciertamente nada hay mejor que el mundo. Ni es dudoso que el ser animado y tener sentido, razón y entendimiento, es mejor que carecer de ellos. De aquí inferimos que el mundo es un animal dotado de sentido, entendimiento y razón, y, por tanto, que Dios es el mundo. Pero esto se conocerá más fácilmente, examinando las mismas obras que el mundo hace.

»Entretanto, oh Velejo, te ruego que no os empeñéis en aparentar que carecéis absolutamente de doctrina. Dices que el cono, el cilindro y la pirámide te parecen más hermosos que la esfera. Sin duda vuestros ojos tienen otro criterio. Pero concedamos que esas formas sean las más hermosas, á lo menos en el aspecto, lo cual á mí tampoco me parece; pues ¿qué cosa hay más linda que aquella figura que por sí

sola abraza todas las demás, y no tiene aspercza alguna ni tropiezo, ni está cortada en ángulos ni en anfractuosidades, ni tiene prominencias, ni lagunas? Y siendo dos las formas más excelentes, entre las sólidas el globo (así traducimos la palabra σφαιρα), y entre las planas el círculo ó el orbe, que los Griegos llaman κυκλος, en solas estas dos formas acontece que todas sus partes sean semejantes entre sí, y que el punto medio diste tanto de un extremo como del otro, lo cual es más perfecto que todo. Pero si no entendéis esto, porque nunca habéis pisado aquel erudito polvo de la geometría, á lo menos habéis podido aprender en la física que esta igualdad de movimiento y constancia de orden no se puede conservar en ninguna otra figura. Y así, nada prueba más ignorancia que lo que soléis afirmar vosotros. Ni decís, por cierto, que este mundo sea redondo, sino que puede ser de otra figura, y que existen innumerables mundos, cada cual de distinta forma. Lo cual ciertamente no diría Epicuro, si hubiese aprendido lo que son dos y dos. Pero juzgando por su paladar lo que le parece mejor, no ha vuelto los ojos al paladar del cielo, como dice Ennio.

»Porque hay dos generos de estrellas: las unas caminando en un espacio inmutable desde el Oriente hasta el Ocaso, no experimentan variación alguna en su curso; las otras hacen continuamente dos conversiones en el mismo espacio. Entrambas sirven para conocer el movimiento circular del mundo, que no puede verificarse sino en una forma globular, y a forma también esférica de las estrellas. El Sol que obtiene el principado de los astros, de tal modo se mueve que ilumina alternativamente una mitad de la tierra con su luz, mientras deja la otra en tinieblas. La misma sombra de la Tierra, oponiendose al Sol

produce la noche, y en los espacios nocturnos hay la misma igualdad que en los diurnos. La proximidad ó el alejamiento del Sol, templan el frío y el calor: en trescientos sesenta y cinco días, añadida una cuarta parte de día, verifica el Sol su revolución anual, y torciendo su curso, ya al Septentrión, ya al Mediodía, produce el estío y el invierno, y aquellas dos estaciones intermedias, de las cuales la una se agrega al invierno, que envejece, y la otra al estío. Así, de cuatro mutaciones de tiempo nacen los principios y causas de todas las cosas que se engendran.

»Al curso anual del Sol sigue, en espacio mensual, el de la Luna; cuya lumbre más tenue nace de su proximidad al Sol, y la más llena, de su alejamiento larguísimo. Y no sólo se muda su apariencia y forma, ya creciendo, ya menguando, sino también su posición, que unas veces es aquilonar y otras veces austral. En el curso de la Luna hay ciertas brumas y una especie de solsticio, y de ella manan y fluyen muchas materias, que sirven para alimentar y acrecentar á los animales, y para que lleguen á granazón y madurez las cosas que nacen de la tierra. No es menos admirable el movimiento de las cinco estrellas que falsamente se llaman errantes. Pues no anda errante lo que por toda la eternidad conserva su progreso y su regreso y sus demás movimientos constantes y fijos. Lo cual es tanto más admirable en estas estrellas, cuanto que unas veces se ocultan y luego vuelven á aparecer, ya se acercan, ya retroceden, ya anteceden, ya siguen, ya se mueven con celeridad, ya se retardan, ya absolutamente no se mueven, sino que por algún tiempo se detienen. De cuyos desiguales movimientos se forma el que llaman los matemáticos año grande, el cual se cumple cuando se ha verificado la revolución del Sol, de la Luna y de las cinco es-

trellas errantes, cotejados los movimientos de todas entre sí. Grande y difícil es este cómputo, pero es necesario que alguna vez se haga y determine. La que llamamos estrella de Saturno, y los Griegos llaman φαεινον, que dista mucho de la Tierra, realiza su curso en treinta años próximamente, y unas veces se acelera, otras se retarda, ya se oculta en el tiempo vespertino, ya vuelve á aparecerse y descubrirse en el matutino, y con todo eso no altera en nada la sempiterna duración de las edades, sino que verifica en el mismo tiempo el mismo movimiento. Después de ésta, y más próxima á la Tierra, se mueve la estrella de Jove, que llaman φρεθων, y ésta recorre en doce años el mismo orbe de doce signos, y hace en su curso las mismas variedades que la estrella de Saturno. Ocupa el círculo próximo inferior la estrella de Marte, que llaman los Griegos ποροαις, la cual, en veinticuatro meses menos seis días, según creo, recorre el mismo círculo que las dos superiores. Se encuentra después la estrella de Mercurio, llamada por los Griegos σιλδων, que recorre el Zodiaco en un año próximamente, y no se aleja nunca del Sol más del intervalo de un signo, unas veces antecediéndole y otras subsiguiéndole. La última de las cinco estrellas errantes y la más próxima á la Tierra, es la estrella de Venus, que los Griegos llaman φοσφορος; y los Latinos *Lucifer*, cuando precede al Sol, Héspero cuando le subsigue. Verifica su movimiento en un año, y recorriendo la longitud y la latitud del Zodiaco, como hacen las estrellas superiores, no se aparta del Sol más de un intervalo de dos signos, ora antecediéndole, ora subsiguiéndole.

»Esta constancia de las estrellas, esta armonía de tan varios movimientos durante toda la eternidad, no puedo comprenderla sin entendimiento, razón y

consejo. Y si vemos que hay razón y entendimiento en las estrellas, no podemos menos de colocarlas en el número de los Dioses. Ni tampoco las estrellas que llamamos fijas dejan de significar el mismo entendimiento y prudencia, porque tienen cotidiana, conveniente y constante conversión, y no es su curso inseparable del del éter, ni inherente al cielo, como dicen muchos ignorantes de la física. No está en la naturaleza del éter que abrace y contenga por fuerza á las estrellas, siendo el éter tenue, resplandeciente y en perfecto equilibrio de calor, y no idóneo, por tanto, para contener á las estrellas. Tienen las estrellas fijas su esfera separada y libre de la conjunción del éter. Y su curso perenne, con admirable é increíble constancia, declara que hay en ellas fuerza y entendimiento divino, de tal modo que quien no entienda esta divinidad de las estrellas, difícilmente entenderá cosa ninguna.

»No hay en el cielo nada que pueda atribuirse á acaso, fortuna, error ó variedad, y, por el contrario, todo es orden, razón, verdad y constancia. Las cosas que carecen de estas condiciones son mentirosas, y falsas, y llenas de error, y andan en la Tierra ó alrededor de la Tierra y debajo de la Luna, que es el último de todos los planetas. Así, pues, quien juzgue que carece de razón el admirable orden é increíble constancia del mundo celeste, del cual pende la conservación y salud universal, debe ser tenido él mismo por incapaz de toda razón. No erraré, según imagino, si tomo el principio de esta disputa de quien fué el primero en investigar esta verdad. Zenón, pues, definió la naturaleza diciendo que era un fuego artificioso que caminaba siempre á engendrar. Creía que era lo más propio del arte crear y engendrar, y que lo que hacen las manos en las obras

de nuestras artes, lo hace mucho más artificiosamente la naturaleza, esto es, el fuego artificioso, maestro de las demás artes. Y de esta manera toda la naturaleza es artificiosa, porque tiene cierto camino y método que seguir. A la naturaleza del mundo que lo abraza y contiene todo en su regazo, la llama el mismo Zenón, no sólo artificiosa, sino enteramente artífice, consejera y próspera de toda utilidad y oportunidad. Y así como las demás naturalezas se engendran, aumentan y contienen cada cual en sus semillas, así la naturaleza del mundo tiene todos los movimientos voluntarios, conatos y apetitos, que llaman los Griegos *ορμης*, y proporciona las acciones á los movimientos, de igual modo que cuando nosotros nos movemos por el alma y los sentidos. Siendo tal la mente del mundo y pudiendo llamarse por esta causa y con entero rigor prudencia ó providencia (los Griegos la llaman *προναια*), cuida principalmente de estas cosas, y en ellas está ocupado: primero, la conservación del mundo; segundo, que no carezca de cosa ninguna; tercero, que haya en él excelente hermosura y todo género de ornato.

» Ya hemos dicho del universo mundo, ya hemos dicho también de las estrellas, con lo cual tenemos una multitud de Dioses que no cesan, y sin descanso trabajan, pero no con labor operosa y molesta, porque no tienen venas, ni nervios, ni huesos, ni necesitan alimento ó bebida, de modo que engendren humores demasiado acres ó demasiado concretos, ni tienen tales cuerpos que teman caídas, ó heridas, ó enfermedades por fatiga de miembros. Lo cual temiendo Epicuro, inventó Dioses que nada dicen y que nada hacen. Pero nuestros Dioses, dotados de forma hermosísima y colocados en la más pura región del cielo, de tal modo rigen y moderan su curso, que parecen



haberse convenido para defenderlo y conservarlo todo. Muchas otras naturalezas de Dioses, por los grandes beneficios de ellos, y no sin causa, han sido reconocidas por los sabios Griegos y por nuestros mayores, que no creían que lo que trae grande utilidad al género humano, pudieran hacerlo los hombres sin bondad divina. Y así, lo que procedía de un Dios, lo llamaban con el nombre del mismo Dios, como cuando llamamos al trigo *Ceres* y al vino *Líbero*, de donde viene aquella sentencia de Terencio:

Sine Cerere et Libero friget Venus.

»También aquellas cosas en que se ve fuerza y virtud mayor se llaman Dioses, v. gr., la fe y el entendimiento, á los cuales en el Capitolio vemos que Marco Emilio Scauro dedicó templos, muy cerca el uno del otro, y ya antes Atilio Caratino había consagrado un templo á la fe. Ves el templo de la virtud, ves el templo del honor, renovado por Marco Marcelo, y ya muchos años antes Quinto Máximo le había dedicado otro en la guerra Ligústica. ¿Y qué diré de Apis, qué de la salud, qué de la concordia, qué de la libertad ó de la victoria? Todas estas cosas, por ser de tal poder que no se concebían si un Dios no las regía, obtuvieron nombre de Dioses. Y pasando esto mas adelante, fueron consagrados los nombres de Cupido, del Deleite y de Venus Lubentina, cosas viciosas y no naturales, aunque Veleyo piensa lo contrario: pero siempre los vicios combaten reciamente la naturaleza humana. Por consideración de sus utilidades se ha estimado como Dios todo lo que de algún modo era útil. Con los mismos nombres que poco antes dijimos, hemos declarado el poder y virtud que hay en cada Dios.

»Estableció además la costumbre general el que la

fama y el valor ensalzasen al cielo á los varones ilustres por sus hechos. Así Hércules, así Cástor y Polux, así el mismo Baco, quiero decir, el hijo de Semele, no aquel que nuestros mayores consagraron augusta y religiosamente en compañía de Ceres. Cuál sea la naturaleza de este Baco, puede entenderse por los misterios, y así como á nuestros hijos los llamamos *líberos*, así los hijos de Ceres se llaman *líber* y *líbera*, y lo que conservan en *líbera* no lo conservan en *líber*. Así también Rómulo y Quirino, que algunos confunden con él, los cuales, inmortalizando sus ánimos y gozando de la eternidad, fueron tenidos justamente por Dioses, puesto que eran óptimos y eternos.

»De otra razón, y también física, nació gran multitud de Dioses que, vestidos de forma humana, suministraron fábulas á los poetas, pero llenaron de toda superstición la vida humana. Este lugar, tratado primero por Zenón, fué declarado más por extenso por Cleanthes y Chrysippo. Llenó la Grecia la antigua opinión de que el Cielo había sido mutilado por su hijo Saturno, y que Saturno había sido encadenado por su hijo Jove. Una razón física no despreciable se encierra bajo estas fábulas impías. Quisieron que la naturaleza celeste, altísima y etérea, esto es, ígnea, que por sí misma lo engendra todo, careciese de aquella parte del cuerpo que necesita juntarse con otra para la procreación.

»De Saturno creyeron que era quien dirigía el curso y conversión de los espacios y tiempos, y de ahí el nombre que este Dios tiene en griego. Llámase Κρόνος, que es lo mismo que χρόνος, esto es, espacio de tiempo. Y también se le llama Saturno, porque se satura de años. Fingieron que solía comer sus hijos, porque la edad consume el espacio de tiempo y se satura insaciablemente de los años pasados. Fué en-

cadena por Jove, para que su carrera no fuese immoderada y para ligarle con el vínculo de las estrellas. Pero al mismo Júpiter, esto es, *pater iuvans*, á quien por conversión de los casos llamamos Jove á *iuvando*, le llamaron los poetas *padre de los Dioses y los hombres*, y nuestros mayores *óptimo* y *máximo*, y antes *óptimo*, esto es, beneficentísimo, que *máximo*, porque es mayor y más agradable cosa favorecer á muchos que tener poder grande.

»A este, pues, invoca Ennio, como en otra parte dijimos, con estas palabras:

Mira el sublime ardiente que llaman todos Jove.

• Y más claramente dice en otro lugar:

Y por mi parte adoro á cuanto luce y bri la.

»Así también nuestros augures unas veces llaman á Jove fulgente y tonante, y otras veces aplican los mismos epítetos al cielo. Y Eurípides, que dijo muchas cosas bien, dijo ésta de un modo breve y excelente:

Mira el éter sublime do quiera difundido,  
Que con tiernos abrazos toda la tierra ciñe:  
A éste tened por suma deidad: llamadle Jove.

»El aire también, que, según la opinión de los estoicos, está colocado entre el mar y el cielo, se consagra con el nombre de Juno, que es hermana y esposa de Jove, porque tiene mucha similitud con el éter y estrecha conjunción con él. Pero le hicieron hembra y se la aplicaron á Juno, por no haber nada más delicado que el aire. Pero creo que en su origen el nombre de Juno se tomó de *iuvando*.

»Restaban el agua y la tierra, para que fuesen tres los reinos de la fábula. Se dió pues á Neptuno, hermano segundo de Jove según dicen, todo el reino

marítimo, y se alargó su nombre, como *Portunno* de *Portu*, así Neptuno de *Nando*, con pequeña mutación de las primeras letras. Toda la fuerza y naturaleza de la tierra fue dedicada al Padre Dite, que es lo mismo que *Dives*, y entre los Griegos Plutón, porque todo tesoro se encuentra en las entrañas de la tierra ó nace de ella. Éste robó á Proserpina, nombre griego, que equivale también á *Persephone*, y quieren que sea la semilla de los frutos, y por eso fingen que estuvo escondida, y que la buscaba su madre. También su madre es Ceres, como si dijésemos *Geres*, á *gerendis fructibus*, porque engendra los frutos. La primera letra vino á modificarse como en griego, porque ellos la llamaron  $\Delta\eta\mu\eta\tau\eta\rho$ , esto es,  $\gamma\eta\mu\eta\tau\eta\nu$ . A Mavorte se le llamó así, *quia magna verteret*, á Minerva, porque disminuye ó porque amenaza. Y como en todas las cosas tienen mayor fuerza los principios y los extremos, quisieron que Jano fuese el primero en los sacrificios, y le llamaron así *ab eundo*, y por eso los tránsitos en las calles se llamaban *Janos*, y las puertas de los umbrales en las casas profanas *Janual*. El nombre de Vesta es griego, y ellos la llaman  $\acute{\epsilon}\sigma\tau\iota\chi$ . Su poder pertenece todo á las aras y al fuego. Y como esta Diosa es custodia de las cosas íntimas, toda plegaria y sacrificio á ella es secreto y recóndito. Y no difiere mucho de este poder, el de los Dioses Penates, ora se haya tomado su nombre de *penus*, porque todo lo que los hombres comen es *penus*, ó de residir interiormente, por lo cual los poetas los llaman *penetrales*. El nombre de Apolo es griego, y quieren que no sea distinto del Sol. Diana y la Luna, tiénenlas por la misma cosa, y el Sol se llama así, ó por ser el más excelente entre todos los astros, ó porque aparece solo, oscureciéndose todos los demás cuando él nace. La Luna recibió su nombre de *lucendo*, y también se

l'ama *Lucina*. Y así como los Griegos invocan á Diana *Lúcifera*, así nuestras mujeres invocan en los partos á Juno *Lucina*, la cual también se llamó Diana *omnicaga*, no de cazar (*venando*), sino porque se cuenta entre los planetas errantes. Y se la llama también Diana, porque hace la noche día. Y se la invoca en los partos, porque éstos maduran á las veces en siete y por lo general en nueve giros de luna, que por recorrer un espacio medido, se llaman meses. Con elegancia dijo Timeo, como tantas otras cosas en su Historia, que habiendo ardido el templo de la Diana de Efeso en la misma noche en que nació Alejandro, no era esto muy de maravillar, porque Diana, ocupada en el parto de Olimpias, había faltado aquella noche de su casa. A la Diosa que se prestaba fácil á todas las cosas, la llamaron los nuestros Venus, y más bien se dijo Venustas de Venus, que Venus de Venustas.

»¿Veis cómo de las cosas físicas bien y útilmente inventadas, se vino á parar á los falsos y fingidos Dioses? Esto introdujo vanas opiniones, errores turbulentos, y supersticiones casi de vieja. Así conocemos las formas de los Dioses, y sus edades, y sus vestidos, y sus ornatos, y sus linajes, y sus casamientos, contrahecho todo á imagen y semejanza de la imbecilidad humana. Y hasta se supone en ellos perturbaciones de ánimo, y leemos de los Dioses codicias, tristezas, iracundias; y, según refieren las fábulas, tampoco carecieron los Dioses de guerras y batallas, y no sólo, como vemos en Homero, los Dioses han peleado por una y otra parte en dos ejércitos contrarios, sino que también hicieron sus propias guerras, v. gr. con los titanes y con los gigantes. Todo esto se dice y se cree muy neciamente, y es prueba de futilidad y de extraordinaria ligereza.

•Pero no obstante, despreciadas y rechazadas estas

fábulas, si se entiende por cada Dios la naturaleza de una cosa, v. gr., por Ceres la tierra, por el mar Neptuno, sean cuales fueren estos Dioses, y sea cualquiera el nombre que la costumbre les haya dado, debemos tenerlos y venerarlos por divinidades. El culto de los Dioses es óptimo, y castísimo, y santísimo, y muy lleno de piedad, de tal suerte que nos obliga á venerarlos siempre con puro, íntegro é incorrupto entendimiento y voz. No sólo los filósofos, sino también nuestros mayores separaron la superstición de la religión. A los que todos los días rogaban é inmolaban, para conseguir que sus hijos les sobreviviesen, se les llamó supersticiosos, pero muy luego debió extenderse la significación de esta voz. Y á los que trataban con diligencia todo lo que pertenece al culto de los Dioses, y por decirlo así, lo reiteraban, se les llamó *religiosos* de *relegendo*, como elegantes de *eligendo*, diligentes de *diligendo*, inteligentes de *intelligendo*. En todas estas palabras va envuelta la fuerza del verbo *legere*, lo mismo que en *religiosa*. Así, de los dos nombres supersticioso y religioso, el uno se ha hecho nombre de vituperio, y el otro de alabanza. Creo que ya he mostrado bien que existen Dioses y cuáles son. Ahora me falta probar que la providencia de los Dioses es la que rige y administra el mundo. Cuestión grande, y muy agitada por los vuestros, oh Cota, pues con vosotros es ahora toda la cuestión. En cuanto á vosotros los epicúreos, oh Veleyo, la conocéis mucho menos, dígase lo que se quiera. Sólo leéis y amáis vuestras cosas: á los demás los condenáis sin oírlos, como tú hiciste ayer, diciendo que los estoicos introducían una vieja fatídica, llamada *προνοια*, esto es, Providencia. Y caíste en este error, por creer que la Providencia de los estóicos era una Diosa singular, que gobierna y rige todo el mundo; pero este es un modo

de hablar conciso: como cuando decimos que la república de los Atenenses se rige por el Consejo, es decir, por el consejo del Areópago; así cuando decimos que la Providencia administra al mundo, falta decir que es la Providencia de los Dioses. Para hablar con propiedad entera, hemos de decir que la Providencia de los Dioses administra al mundo. Así, pues, no queráis consumir, en burlaros de nosotros, esa sal de que vuestra nación carece. No conviene, no os es dado, no podéis. Y no hablo ahora de tí, limado por las costumbres domésticas y por la autoridad de nuestros hombres, sino por los demás de vuestra escuela, y principalmente por aquel que la engendró, hombre sin arte, sin letras, insultador de todos, sin agudeza, sin autoridad, sin gracia.

»Digo que por la Providencia de los Dioses fueron constituídos desde el principio, y son en todo tiempo administrados, el mundo y sus partes. Dividen los nuestros esta controversia en tres cuestiones, derivada la primera de la razón de haber Dioses, concedido lo cual, es necesario confesar que su entendimiento rige el mundo. La segunda razón enseña que todas las cosas están sujetas á la naturaleza sensible, y que ella da á todas hermosura, y admitido esto, se infiere que ha sido engendrada de principios animados. El tercer argumento es el que se toma de la admiración de las cosas celestes y terrestres.

»En primer lugar se ha de negar que existen Dioses, lo cual niegan en cierto modo Demócrito introduciendo sus simulacros, y Epicuro sus imágenes, ó ha de confesar quien admita la existencia de los Dioses, que hacen algo, y algo muy excelente. Nada es más excelente que la administración del mundo. Así, pues, la prudencia de los Dioses le rige y gobierna. Porque si fuera de otro modo, habría necesariamente

sino de los Dioses, han podido derivarse estas cosas á la tierra.' Y teniendo nosotros consejo, razón, prudencia, los Dioses han de tenerlos, todavía en mayor grado, y no sólo han de tenerlos sino valerse de ellos en grandes y excelentes cosas. Nada es mayor ni mejor que el mundo. Necesario es que sea regido por el entendimiento y prudencia de los Dioses.

»Por último, habiendo demostrado que los Dioses son aquellos cuyo insigne poder é ilustre aspecto conocemos, es decir el sol, la luna, las estrellas errantes, las estrellas fijas, y el cielo y el mundo mismo, y aquellas fuerzas que residen en todo el mundo para utilidad y comodidad del género humano, se infiere que todo está regido por el entendimiento y prudencia divina. Y esto baste sobre la primera parte.

»Resta probar que todo está sujeto á la naturaleza, y que ella lo rige admirablemente todo. Pero qué sea la misma naturaleza, hemos de explicarlo antes con brevedad, para que pueda entenderse mejor lo que pretendemos enseñar. Unos creen que la naturaleza es una fuerza sin razón, que produce en los cuerpos movimientos necesarios: otros, que es una fuerza partícipe de razón y de orden, la cual procede sabiamente, conforme á las relaciones de causa y efecto, de tal modo que ningún arte, ninguna mano, ningún artífice puede conseguir, imitando, tanta perfección como ella. Es tanta la virtud de la semilla, que aun siendo pequeñísima, si cae en una naturaleza que la concibe y abraza, y alcanza materia que la pueda alimentar y acrecentar, haga y produzca en su género cada cosa, ora plantas que se alimentan por sus raíces, ora animales que pueden moverse, sentir, apetecer y engendrar un semejante suyo.



algo mejor y dotado de más virtud que los Dioses, algún sér, cualquiera que fuese, ya naturaleza inanimada, ya necesidad vigorosa, que produjera estas obras hermosísimas que vemos. No sería entonces la naturaleza de los Dioses la mejor y más excelente, puesto que está sujeta á la necesidad ó á la naturaleza que rige cielo, mar y tierra. Nada es mejor que Dios: necesario es que Él rija el mundo. A ninguna naturaleza está obediente ó sujeto Dios: Él rige toda la naturaleza. Si concedemos que los Dioses son inteligentes, concedemos también que tienen la previsión de las cosas mayores. De otro modo, ó ignoran cuáles son las cosas mayores, y cómo se han de tratar y defender, ó no tienen fuerza para sostenerlas y regirlas. Y ya sabemos que la ignorancia es ajena de la naturaleza de los Dioses, y que la dificultad y flaqueza tampoco dicen bien con la majestad de ellos. De donde se deduce lo que buscamos. Pero es necesario, que habiendo Dioses, si es que los hay (como realmente parece), éstos sean animados, y no sólo animados, sino también dotados de razón, y unidos entre sí por cierta concordia y sociedad civil, rigiendo el mundo todo, como si fuese alguna república común ó alguna ciudad. De aquí se infiere, que ha de gobernar en ellos la misma razón que en el género humano, la misma verdad, la misma ley, que consiste en ordenar lo bueno y en apartarse de lo malo. Por donde entendemos que también la prudencia y el razonamiento se han derivado de los Dioses á los hombres; y por esta causa, en tiempo de nuestros mayores, se consagraron y dedicaron templos públicos al entendimiento, á la fe, á la virtud y á la concordia. ¿Y quién negará que estas cosas residen en los Dioses, cuando vemos sus augustos y venerables simulacros? Y si hay en el género humano entendimiento, fe, virtud, concordia, ¿de dónde,

»Hay algunos, que á todo dan el nombre de naturaleza, como Epicuro, que divide la naturaleza de cuanto existe, en cuerpos, vacío, y sus accidentes. Pero cuando decimos que por la naturaleza consta y es administrado el mundo, no le consideramos como un terrón ó un fragmento de piedra, donde no haya ninguna virtud de cohesión, sino como un árbol ó un animal, en los cuales no aparece nada fortuito, sino cierto orden y semejanza de arte.

»Y así como las raíces que nacen de la tierra, viven y crecen por arte natural, del mismo modo la tierra se mantiene por arte y virtud de la naturaleza, que cargada de semillas, todo lo pare y produce de su seno, y alimenta, y abraza, y acrece todas las estirpes, y ella á su vez es alimentada por las superiores y extensas naturalezas. Y con sus exhalaciones se alimenta el aire y el éter, y todo lo superior. Y de este modo, si la tierra vive y florece por la naturaleza, la misma razón domina en lo restante del mundo. Las raíces están adheridas á la tierra, y los animales se sustentan por la aspiración del aire, y el mismo aire ve con nosotros, oye con nosotros, suena con nosotros y nada de esto puede hacerse sin él. Y también se mueve con nosotros, porque adonde quiera que vamos y nos movemos, parece que nos da y cede su lugar. Todas las cosas que se mueven hacia el centre del mundo, ó que van desde el medio á la parte superior, ó que hacen un giro en torno del centro, constituyen una misma naturaleza y totalidad del mundo. Y siendo cuatro los principios de las cosas, de su movimiento depende la ordenada conversión del mundo. Porque de la tierra nace el agua, del agua el aire, del aire el éter; y también al contrario, del éter el aire, del aire el agua, del agua la tierra ínfima. Así en aquellos elementos de que todas las cosas se com-